

gobierno. El Evangelio no nos enseña sistemas, sino virtudes, y costumbres, bien que allà se vâ todo, porque èl prescribe sus deberes al Principe, y al Vasallo, y observados estos, todas las diferentes legislaciones no vienen à ser mas que diversos modos de ser felices. Juzguemos, pues, de las virtudes pacificas como habemos juzgado de las marciales, dejando las causas, y atendiendo à los efectos; por cuya regla el País mas feliz ferà el mas bien gobernado; así sin pretender trazar su ruta à las Aguilas en la inmensidad del ayre, emprendo revelaros hoy el misterio de las Cortes.

Solo en los Imperios desconcertados es una ciencia sublime, y profunda la politica; pero en Turin es sumamente simple. Nuestro Principe nos descubriò el secreto. Formemos de los Reyes la misma idea que èl: colocados sobre sus Vasallos, y por sus Vasallos solos, le deben estos la guerra para su seguridad, y la paz para su felicidad. Ved aqui sus maximas, que mas desentrañadas nos hacen comprehender, que quando èl està en paz con sus vecinos, el Pueblo no debe creerse en guerra à causa del eterno peso de las gavelas; si el Labrador siembra, tambien debe segar; es necesario asimismo despertar, y proteger la industria, hacer bendecir su fecundidad à las madres, hacer respetar las Leyes, y asegurar el Imperio de ellas por el de las costumbres. Ved aqui la politica de Carlos, y qualquiera otra ciencia con sus profundidades no venia à ser otra cosa, segun èl, sino una voz inventada para no dár à los vicios el nombre que les compete: „Dadnos un Rey para que nos juzgue.“ *Da nobis Regem, ut judicet nos*, Reg. i. c. 8. n. 20. decian antiguamente los Israelitas. La bondad de Dios nos concediò este; ¿y quién otro desempeñò mejor jamás las augustas funciones de Juez? Sus predecesores hicieron Leyes, pero estas se hallaban esparcidas; èl las juntò, les añadiò las fuyas, y las mandò publicar en sus Dominios: èl nos puso en las manos el libro de la Ley, y yâ nos es facil juzgarnos à nosotros mismos; porque los Magistrados à falta del derecho de hacer Leyes, se habian arrogado el de interpretarlas: pero Carlos, como Soberano Magistrado de su Reyno, se reservò el privilegio de hacerse entender mejor quando sus Leyes no estaban bastante perceptibles.

Pero ni la claridad de las Leyes, ni la uniformidad de la justicia importan algo sin la brevedad. Por esto los Jueces prevaricadores, ò por su lentitud, ò por su corrupcion eran igualmente castigados. La justicia se hizo general, y popular. Su templo inaccesible, comunmente en otras partes à los infelices que no tienen apoyo, y asilo del opresor rico, y poderoso, estaba abierto mas particularmente à los pupilos, à las viudas, y à los pobres, y estos encontraban alli defensores consagrados à levantar la voz en su defensa, y Jueces que duplicaban su desinterés, y actividad para con ellos.

Nuestras personas no eran menos respetadas que nuestras haciendas, y las prisiones injustas, ò ligeras, las acusaciones, ò detenciones sin prueba, ni se conocian siquiera entre nosotros. Las atenciones paternales del Principe se estendian hasta aquellos lugares de adonde parece que vive desterrada la piedad, y las carceles no se hacian teatros de suplicio, sino lugares de detencion, y de juicio: aquellos mismos que habian violado con sus delitos la magestad de las leyes, no perecian en ellas con anticipacion por la miseria, y las tinieblas, y sin que aquellas les hubiesen condenado solemnemente; se desterrò de estos lugares la desesperacion, y se vivia en la saguridad de que solo se debe morir una vez. Finalmente, à la medida que se armaba la tierra contra los desdichados, ò criminales, venia el Cielo à su socorro, y nosotros ibamos à exercitar entre ellos un ministerio nunca mas respetable, y necesario: les dispensabamos los socorros de la Iglesia con igual consuelo fuyo, y nuestro.

Ni es bastante aun, hermanos mios, que nuestras personas, y haciendas estubiesen aseguradas entre nosotros, ni tampoco el hacer que nos respetemos mutuamente, y que el Labrador no tema à su vecino, es necesario todavia que no tenga por que temer de parte de su Principe; ¿y quien hasta hoy nos ha respetado mas que nuestro equitativo Monarca? Se ha hecho reconocer acaso su voluntad en alguna de sus leyes por arbitraria, irrevocable, è irresistible? Por el contrario, no ha mirado siempre como irrevocables, y sagrados los privilegios comunes, los titulos antiguos, y las posesiones inmemoriales,

y le-

y legitimas? Ha! tributemos este homenaje à su alma; no era de aquellos hombres que protegerian la Viña de Naboth, solo à fin de poder usurparfela despues toda entera, à similitud de los monstruos de las Selvas, que defienden su presa de las otras fieras, no mas que por devorarfela ellos solos.

Todos nosotros sabemos, hermanos mios, que el Principe, como encargado de velar en nuestra defensa, tiene derechos naturales à nuestro reconocimiento. Pero Carlos solo queria recibir de nosotros aquella parte de nuestra hacienda, que era precisa para conservar el resto. No pedia à la tierra sino à razon de su fertilidad, y el avalúo de los haberes era la regla perpetua de las imposiciones, repartidas con la mayor igualdad, y percibidas con la facilidad mayor. Cada uno de nosotros, para explicarme asi, llevaba por sí mismo su tributo, y tenia la complacencia de vér al Cesar recibir por sus propias manos el servicio que se le debia. Era demasiado justo, y amante de la humanidad para interponer entre sí, y su Pueblo un Exercito de vandidos, que no habrian hecho mas que interceptar nuestras justas contribuciones, y extraviar los torrentes que ván à descargar en el Erario público. En lugar del dolor de vér nuestros despojos en manos estrangeras, y del escandalo de estos caudales inmensos acumulados en las Teforerías públicas, la pobre viuda vivia asegurada de vér llegar su maravedí hasta los pies del Trono. Quando el Cielo algunas veces nos negaba sus rocíos, y la tierra cerraba sus entrañas, no se nos castigaba por su esterilidad. Ni menos se veía en el tiempo de paz la imagen de la mas espantosa guerra, quiero decir, bárbaros derramados por nuestras campañas para robar al Labrador los instrumentos de su trabajo, y à la desamparada madre el lecho donde reposan sus hijos: jamás se oyò à los impíos Soldados de Faraon decirnos como à los antiguos Israelitas: „Andad, y segad como „pudiereis, porque no se os disminuirà un solo grano del peso „de vuestra carga.“ *Ite, & colligite ubi poteritis, nec minuetur quidquam de opere vestro.* Exod. c.5. Ha! estos eran los tiempos en que previniendo Carlos como el sábio Joseph, en los años de abundancia los de esterilidad, distribuía al Egipto los socorros que le habia congregado una prudente economía.

De este modo viviamos asegurados de encontrarlo siempre en nuestras necesidades: mas su corazon no se aquietaba con que su Pueblo no padeciera falta de los socorros de primera necesidad, estendia tambien su ambicion à procurarle la abundancia. Ocupabase en dár à la tierra mas Ciudadanos, y en dár por este medio à los Ciudadanos mas producciones de la tierra. Jamás se encontrò alguno tan pobre, que temiese una union legitima, y una fecundidad feliz, las bendiciones del Cielo, y recompensas del Principe eran el precio de estas, y asi las sucesiones numerosas no hacian mas de enriquecer à los padres de familia. La tierra viendo aumentarse sus habitantes, no veía disminuirse sus colonos, ni con pretexto de defenderla se le robaba una juventud vigorosa para no dejarle mas que las heces de la especie. No tiene duda que son necesarios los Soldados, ¿y Carlos en sus guerras no se lo ha demostrado asi à sus enemigos? Sin embargo desviandose de sistemas, y novedades peligrosas, solo se propuso las saludables miras de la antigüedad, en sus mas sábias legislaciones. No adoptò una constitucion puramente militar, que no puede ser mas que momentanea. Abandonò à las Naciones leves el desvelo de buscar suplementos à la impericia de sus Capitanes, y despreciò esta tactica mecanica, que dirigiendo unicamente el cuerpo de los Soldados, y creyendo poder ahorrarse del cuidado de su alma, prepara sin remedio, ò desertores, ò cobardes.

Sabia que el Ciudadano Romano era juntamente Soldado, y Labrador, y que los grandes Exercitos reclutados en la paz, no tienen mas amor que el del cuerpo muy inferior al de los propios hogares. Asi contento con cierto número de tercios veteranos, contaba al mismo tiempo con una Milicia Provincial, que derramada por las Campañas, vendria à la primera señal à juntar sus intereses con los del Principe. Bendito sea para siempre este Principe, por haber hecho à su Pueblo la justicia de creer, que un Ciudadano activo, y laborioso, animado del doble amor del Rey, y de la Patria, se hará prontamente bajo un Gefè como èl un Soldado intrepido, y aguerrido.

Despues de haber pasado su vista por los campos , y sus habitantes , la estendia tambien à las Ciudades . Una parte de sus Vasallos vivia en las Campiñas del trabajo de su cuerpo , otra vivia en las poblaciones , y , digamoslo asi , de las facultades de su ingenio . Era necesario , pues , enlazar las necesidades , hacer los Seres dependientes , y establecer una comunicacion universal . En este arte es menester admirarle , ya en las reglas para la interior circulacion , ya en el modo de animar la industria , y el comercio , ò ya finalmente en sus sábias prohibiciones , quando nos abria los Puertos para que la porcion de nuestros frutos , necesarios à nuestros vecinos , ni dexára de ser suficiente tambien para nosotros , ni à cambio de ella nos diesen otra cosa que su oro .

Pero si los valles , y las llanuras fecundas tienen Reyes , ¿ los desiertos , y las montañas esteriles serán hechas tambien para tenerlos ? Sin duda la cuna de sus Padres no le era menos cara que sus conquistas , y la árida Saboya era Reyno tan fuyo como la fertil Lombardia . ¿ No tenemos todos las mismas leyes , y la misma justicia ? Citadme un hombre entre vosotros , que mereciera ser distinguido , y que no lo haya sido . Dexe , pues , la muchedumbre plebeya , y sin discernimiento de suponer una predileccion injusta . Porque si se trata de aquellas gracias que derrama el Principe al rededor de sí mismo , voy à deciros una verdad que os ha de maravillar , y es , que los habitantes de un terreno salvage , no deben ser acogidos baxo un cielo mas benigno : disgustados entonces de los torrentes que se precipitan de nuestras montañas , y de los peñascos que amenazan à nuestras cabezas , iriamos à andarnos arrastrando al rededor del Trono . El Rey siempre fue justo , y un exceso de beneficencia nos hubiera despojado del amor de la Patria , y de las virtudes activas , que no se conocen en otro clima menos rigido , y que nos dán entre las demás Naciones un caracter honorifico : quiero , pues , elogiar à un Principe por aquella misma parte que la envilece para con la multitud , pero que la exalta à los ojos de los Sábios .

Entre nosotros no es donde se vè à la codicia hacerse à la vela , y dirigirse ázia los Polos del Mundo en busca de los atavíos

víos del lujo , de los tósigos de la sensualidad , y en una palabra , de esta alma del universo , à quien llamamos el oro. Solo quando el rigor de la estacion suspende nuestra actividad , se ve tomar à esta otra forma diferente . Derramados entonces entre nuestros vecinos , con los propios animales de nuestras montañas , hacemos entre ellos una nueva especie de sementera . Creen ellos ver no mas de unos infelices arrojados alli por la miseria : y creenlo con mayor facilidad los que están acostumbrados à ver algun País en donde son mas comunes las transmigraciones freqüentes , y durables . Pero à los principios de la Primavera los dexamos , y el Sábio ve repartirse una Nacion laboriosa , à quien la industria , y no la indigencia hizo salir de su casa para vender durante el Invierno un tiempo inútil à su Patria .

Despues de haber considerado à Salomon en las maravillas de su Sabiduría , pasemos à contemplarlo en los prodigios de su magnificencia . Ea , dirigios à la Corte , baxad à esa Ciudad , que eleva à los ayres un Palacio inmenso , y suntuoso ; esta no es la Capital del Piamonte , es sin duda la de toda la Italia : pero si os deslumbran à primera vista estos edificios completos , y magnificos , no os contristarán despues , aunque parezcan exceder las fuerzas , y tesoros del Principe . Entrad en su Palacio , y quedareis satisfechos considerando el Dueño que lo habita , y viendo en medio del resplandor de las grandezas la sencillez , y gravedad de su persona . Aqui aprendereis à conocer qual sea aquel lujo honroso , que lejos de afeminar el alma , la eleva , y que puede llamarse el lujo público de las Ciudades , y Naciones . Aprendereis tambien à distinguirlo del lujo personal , y domestico que se consume en la profusion de las mesas , en la vil inquisicion de las comodidades , en la ruinosa ciencia del deleyte , en la turba de criados sin oficio , y en la disposicion de un tesoro abandonado al latrocinio . Este es seguramente el lujo que nos pinta la Historia , como corruptor de las costumbres públicas , y precursor de la decadencia de los Imperios ; pues por lo que toca à la noble passion de establecimientos útiles , y monumentos durables , estos no hacen mas de immortalizar à las Naciones , y à los Reyes . Ved aqui

aquí la magnificencia digna de las almas grandes, que pasma à los viageros, y les exagera nuestro poder. No es esto haber convertido alguna vez en piedras el pan del pobre, ò la substancia del Pueblo; pues à modo que aquel otro famoso Rey de Egypto hacia gravar sobre todos sus monumentos, que ningun Egypcio habia trabajado en èl, así nosotros podiamos hacer gravar sobre los nuestros, que nuestros Principes encontraron manantiales inmensos para la utilidad, y magnificencia nacional en una economía hereditaria, que no sumergia Provincias enteras en la disolucion, ò en los caprichos de las pasiones infames, y transeuntes. ¡O virtud preciosa, que estableciendo en el Estado el mismo orden que reyna en una familia, provees à todas las necesidades, y llenas tambien el Erario público! Pero confesemosle, hermanos míos, que el oro, y la plata no eran sus unicas riquezas, el honor tiene tambien su valor entre nosotros, y es el primio de los talentos: y las dignidades, y empleos de importancia, antes que el de la fortuna, son el camino de la Gloria: solo quando era necesario ostentarse Rey, y hacerse vér de la multitud, que quiere ser deslumbrada con todo el resplandor de la Soberanía, se veía su Trono rodeado de una Corte brillante, y numerosa; pero Carlos, restituído à sí mismo, se hacia un particular, bolviendose tranquilamente à entrar en el seno de su familia; y como era demasiado laborioso, para tener tiempo de entregarse à los deleytes, los placeres inocentes bastaban à su alma, y siempre le parecian nuevos. Segun èl, la simplicidad, y aun la frugalidad, no son virtudes peculiares de los Vasallos, con mas especialidad deben tambien ser propias de los Reyes.

Despojada freqüentemente de la Diadema, gustaba confundirse entre la muchedumbre para observarla. Encontrabafese à las puertas de su Palacio, y en la Plaza pública, sin aquella comitiva numerosa, y sin aquella multitud de guardias, que aunque armadas por la desconfianza, siempre fueron impotentes contra la audacia. Su seguridad estaba en el corazon de sus Vasallos. Y como la Magestad, y dignidad de los Reyes no consiste en el numeroso sequito, residian sobre su frente, y en su alma. El mendígo que no pide mas que pan, ¿ se puede

acercar jamás en otras partes à los Reyes? Este es un objeto demasiado triste, è importuno, y es menester alejarlo. El Trono solo es accesible à los Grandes, que no solicitan mas que honores, y riquezas. Pero à los verdaderos Reyes como el nuestro, quando alguno de sus Vasallos quiere verlos, los vè, y no por entre guardias que repelen: aquel que queria hablarle, y apelar à èl, como à Supremo Magistrado, siempre tenia abiertas todas las puertas del Palacio. Yo mismo, Pastor desconocido, y de humilde nacimiento, sin mas distincion entre vosotros, que la que me dán vuestra piedad, y mi ministerio, habiendo ido por necesidad à Turin, creí no ser visto alli sino de Dios solamente, en cuyos ojos todos los Seres son iguales: pero colocado al paso del Rey, como si èl tubiera en la memoria el nombre de todos sus Vasallos, como los tenia en el corazon, me pregunta, y me inspira una confianza, que no osaria yo tomarme con los mas distinguidos de vosotros: así pasmado de su bondad despues de este Discurso, y de la confianza que habia infundido en mi pecho, me lisongeaba por todos nosotros, de que si las demás Naciones tienen Reyes que se vén, la nuestra tiene uno à quien se habla.

No temia el estar en compañía de los hombres, ni conversar con ellos, ya fuese en sus tareas quando se sentaba sobre el Trono para oír à Israel, y juzgarlo, ò ya en el mismo reposo; y en lugar de robarse à los ojos del público, en lugar de ocultarse en lo interior de su Palacio para buscar alli algun deleyte grosero, gustaba manifestarse, y uno de sus esparcimientos en los dias mas clasicos era el de confundirse entre su familia, y en medio de su Pueblo en las Plazas públicas; y à la verdad estas, mejor que el Palacio, son efectivamente el verdadero domicilio de los Reyes. Así sus huellas se veían impresas por todas partes, y en todas se le encontraba à èl, ò à su imagen. Id à la Ciudad, y encontrareis alli la policia, y el orden: acercaos à las familias, y vereis reynar en ellas la harmonía, la observancia de la ley, y los mandatos: entrad por los Templos, aqui es verdaderamente donde los dias festivos son dias de reposo, y merecen el nombre de dias del Señor. Hasta aqui solo os habemos hablado de la fuerza, con-

sejos,



sejos, y sabiduría humana; pero vosotros no habreis dejado de reconocer siempre la Sabiduría Divina, que era su augusta fuente: *Nec in exercitu, nec in robore, sed in spiritu meo, dicit Dominus exercituum.* A vos es, ò santa Religion, à quien le es debido este homenaje. Jamás Príncipe supo mejor, que sola vos podeis hacer durables los Imperios, y que es necesario para asegurar su prosperidad ponerlos bajo la proteccion del Cielo; sin este sólido fundamento, los mas florecientes vienen à ser no otra cosa, que una similitud del Coloso del Profeta, cuya cabeza era de oro, el pecho, y brazos de plata, el vientre de cobre, las piernas de hierro, pero los pies eran de barro. Una piedrecilla desprendida casualmente de la montaña vino à herir en estas fragiles basas, y todo el inmenso Coloso dió en tierra, con mas precipitacion que suele el viento arrebatat el humo de una ligera paja.

El fue uno de aquellos pocos Reyes que pueden gloriarse ante Dios, que en la corrupcion general que inunda à Europa, su prudencia sola ha preservado à sus Estados. Este es el Pueblo escogido en medio de la corrupcion de Egypto, y hasta los mismos viajantes pueden hacernos la justicia de confesar, que si se les ha pintado la deliciosa Italia, como el domicilio del deleyte, como un cielo peligroso à la inocencia; al menos en Turin no han respirado otro ayre que el puro de la virtud. Yo harè osadamente, hermanos míos, mi profesion de la Fè en nombre de toda la Nacion: nosotros vemos en el curso del Universo estampada la mano poderosa que lo rige: despues de haber admirado su grandeza en la estension del Firmamento, le admiramos tambien en el orden de las Repùblicas, en el seno de nuestras familias, y dentro de nosotros mismos: su bondad dandonos el ser, no nos ha arrojado sobre este globo à la ventura; antes nos sigue por èl à cada instante. Se ha dignado instruirnos de nuestro illustre destino, y para acercarnos mas à sí, nos ha comunicado noticia del culto, y homenages que debemos rendirle. Ved aqui, hermanos míos, una profesion de Fè, que solo en este Rèyno se puede hacer sin rubor. En èl no conocemos aquella ciencia orgullosa, que se averguenza del Simbolo, como si fuera una flaqueza, que en la armonía del



del Universo folamente vè al acaso, ò quando mas consiente de buena gana en darle un Dueño, pero con tal que sea indolente, y que no haga caso de sus obras. Ha! Alejese de nosotros esta ciencia, que atacando las costumbres, y fé de la venerable antigüedad, se apoya unicamente sobre sistemas destructores. Esta ciencia, que demoliendo los edificios antiguos, amontona ruínas sobre ruínas, y despues del naufragio deja à los infelices fluctuar sobre las hondas sin puerto, y sin asilo. Si à nuestros rededores hay Naciones infelices, en donde reynan la impiedad, y el desorden, cerremos nuestras puertas, guardemos nuestras fronteras, no sea que llegue hasta nosotros el contagio, ò por mejor decir, no sea que todo se les abra, pues ellos son hermanos nuestros, y el Mundo no es mas de una familia: pero no, dejemosles que vengan, para que vean, si bajo el imperio de la Religion hay menos orden, y felicidad, que bajo el de sus propias pasiones, y locos pensamientos. Entonces se unirán à nosotros para dár gracias inmortales al Dios que nos gobierna, y al fiel depositario de su poder sobre la tierra: porque, no nos engañemos, si entre nosotros reyna mas religion, es porque era mas religioso nuestro Principe, y las virtudes de su Pueblo se deben reputar por obra suya. Por lo que hace à nosotros los Ministros del Evangelio, es cierto que os anunciabamos la palabra de Dios, os persuadimos à que adquirieis las virtudes, pero las virtudes no se adquirian: os exortabamos à corregir los vicios, pero los vicios se quedaban sin corregir: Carlos era quien perfeccionaba nuestro ministerio: aquella palabra, que en nuestra boca no era mas que un sonido, se bolvia entre sus manos una espada penetrante, como la del Apostol; porque el fuego es el que consume, y no el zelo impotente del Ministro: asi sola una ojeada suya detenia mil vicios prontos à disparar, y hacia revivir mil virtudes desfallecidas, no solo en el estrecho recinto de su Corte, sino tambien en la vasta estension de sus Dominios. El exemplo à que acompaña la Magestad del Trono, pasando de hombre en hombre, de Ciudad en Ciudad, de Pueblo en Pueblo, hace al Principe activo aun en aquellos mismos lugares que no habita. Parece que èl estava presente en cierto modo

modo à todas las familias , y à todas las personas , y así cada qual procuraba caminar por la senda de las leyes , y preceptos , quando no por el amor del orden , al menos por el temor de encontrarse con el Príncipe à su paso : *Et fecit omnes , qui residui fuerunt ex Israël servire Domino Deo suo.* 2. Paralip. c. 34. Punto es este , hermanos míos , sobre que os pido vuestro testimonio. ¿ Habéis visto jamás entre vosotros Tribunales donde la causa de Dios fuese citada con imperio ? Haveis oído jamás , que los Sagrados Dogmas de que todo Christiano solo debe hablar con la rodilla por el suelo , se hiciesen materia de conversaciones frivolas ? Ha leído alguno de vosotros aquellos escritos licenciosos , que esparce la impiedad à lo lejos , para instruir por medio de ellos siquiera à los que no puede hacerlo à viva voz ? Ha ! semejante espectáculo nunca ha afligido vuestros ojos , y la impiedad , y sus obras siempre encontraron en el Rey aquella propia vigilancia , que se tendria con un enemigo que estubiese à las puertas de nuestras Ciudades . En el Reynado del piadoso Josías nadie ha salido de Jerusalén para ir à consultar Profetas mentirosos , ni à sacrificar à las Divinidades falsas : *Cunctis diebus ejus nec recesserunt à Domino patrum suorum.*

Quanto à los que vivimos consagrados al culto del Altar , le debiamos mas particularmente lo que somos : al modo que el Santo Rey Ezequías velaba sobre el Santuario , recordaba su vocacion à la Tribu Santa , y la advertia para que ofreciese incienso puro al Señor , y desempeñase las funciones que el Pueblo tiene derecho à esperar de ella : conviene à saber , la instruccion , y el exemplo , que es el mas eficaz : *Audite ea , Levitæ , & sanctificamini.* Así pues , hermanos míos , honremosle nosotros , y demosle tambien el justo testimonio de que los Pastores nunca desampararon sus Rebaños , los Pontífices jamás se ausentaron de sus Iglesias , y rara vez asistieron en los Palacios de los Grandes . Finalmente decidnos ¿ si la abominacion de que hablaba el Profeta , se ha buuelto à renovar en el lugar santo ? Si alguna vez se han visto los juvenes Levítas esperar la edad de los honores , y ambicion en los caminos corrompidos de Madian , y à los ancianos Pontífices ir à doblar la rodilla delante del Ídolo que Nabucodonosor habia colocado en su Palacio ?

El Rey no fue zelador de la ley, sino por lo mismo que era el observador mas rigido de ella, y la Religion, era lo mismo para él, que para sus Vasallos. Dispensadme, hermanos mios, el discurrir aun sobre la misma idea, pues es demasiado aflictiva para poder separarla facilmente de la memoria. Yo he tratado à la Filosofia de insensata, quando rompe toda comunicacion entre la tierra, y el Cielo. Pero actualmente la llamo bárbara, quando relega la Religion al ínfimo Pueblo, como recurso peculiar de las almas mezquinas, y groseras. La ciencia humana, mas que por la felicidad del Mundo, trabaja por la de los Tiranos. Si es preciso un freno para facudir el yugo, ¿no es necesario otro para no agravarlo? He! con que los Tiranos no nos dexarán predicar nuestra Sagrada Doctrina, sino porque intimando ella la justa obediencia à los Principes, les dà por este medio otro nuevo modo de oprimirnos. Por lo que mira à Carlos, solo protegì su propia fé, de la qual fue tambien un fiel adorador sin preocupaciones, ni flaqueza. Depuso sin duda su Corona sobre el Altar, como una ofrenda debida al Rey de los Reyes: pues el Dios que ha puesto las llaves del Cielo en manos de sus Principes, se ha reservado el derecho de trasladar las Coronas, y los Cetros. Por eso Carlos, respetuoso, y sumiso para con el Succesor de San Pedro, como Gefe de la Iglesia, y centro de la union, le resistia como Principe del Siglo para no degradar los legitimos derechos de su Trono. Igualmente remoto de la impiedad que arrasa los Altares, de la supersticion que se arrodilla ante ellos para adorar unicamente à sus Estatuas, y de la indolencia que menoscopia su culto, no era tampoco del número de aquellos Villanos, que aunque se postran delante del Arca del Señor con el mismo respeto que los justos, permiten al mismo tiempo à su corazon que se ausente, y vaya en secreto à sacrificar à los Idolos. Estos tales tienen fé, pero fé que no les quita ni un vicio, ni una sola pasion: gustan tambien de conservar esta fé, pero solo con una esperanza para lo futuro, y un recurso para la vejez: entonces hacen animo de llamar à los Sacerdotes del Señor para que vengan à hablarles acerca de las grandezas de sus misericordias, y recompensas. Carlos era muy magnímano para

para reservar à Dios el resto de un corazón ya usado, y los homenages de la decrepitud. En su vida no tenemos tiempo alguno de desorden, ni un momento de relajacion que escusarle si quiera en sus primeros años quando se preparaba al Trono; desde luego pareció digno de él, y su anticipada adopcion es el único elogio que haremos de su juventud.

Vosotros no esperéis de mí, hermanos míos, que después de esta vida laboriosa, y christiana, pasemos à hablaros de su muerte en otro idioma que en el de nuestros gemidos. No es por Jerusalem, sino por nosotros mismos, por quien se deben verter lagrimas. Conoceréis, que su fin no es semejante al de aquellos envejecidos pecadores, que teniendo que expiar una vida criminal, y larga, por medio de una breve penitencia, multiplican los actos de virtud, acumulan los socorros de la Iglesia; y como si se sintiesen ya caer en el abismo, despiden con descompasados gritos profundísimos gemidos. Ofrecen un Templo al Señor, à modo del impio Antiocho, como si el Señor necesitase de su Templo; y generosos en el momento que ván à perderlo todo, le darian su Imperio, y el Universo entero, como si su Imperio, y el Universo entero no hubieran sido de Dios en todo tiempo. Pero por lo que hace à Carlos, ved un otro espectáculo: él es el modelo de los verdaderos Christianos. Advertido de su fin, como lo están los justos desde su nacimiento, habia comenzado muchos dias antes à prepararse à él. Y llegado ultimamente el momento fatal para nosotros, llamó al Señor en su socorro, y el Señor vino à visitarlo, y esforzarlo. Los Ministros del Altar tranquilos acerca de su suerte, fueron pácificos testigos de su sueño, y de la serenidad con que se entrò por las puertas de la muerte.

Ahora pues, que habiendo descendido al sepulcro, yace desposeído del Trono, y absuelto de las funciones de la Soberanía, viene el Ministro del Evangelio à suplir su voz enmudecida, y à pedirlo por él vuestro testimonio, al modo que Samuél antiguamente decia al Pueblo de Israel al fin de su carrera, que le acusase delante del Señor sobre el tiempo de su administracion. O vosotros, todos los que habeis vivido

bajo

